

El abate joven

Aurelius lo reconoció por la barba completamente blanca y por el aspecto ausente que tienen los recién llegados. Permanecía quieto, observando el mar, a pocos metros de un niño que jugaba con la arena de la playa. Se preguntó cómo podría aguantar el calor con semejantes barbas y una ropa tan oscura. Pero al llegar a su lado fue otra la pregunta que le hizo, en latín y en voz alta:

—¿Está orgulloso del revuelo que ha levantado con su teoría?

Charles respondió que no lo conocía de nada. También lo hizo en latín, idioma que dominaba desde su paso por el Christ's College de Cambridge. Además había elegido un momento desafortunado para presentarse, se encontraba en la bahía de Plymouth, a punto de zarpar en el Beagle, con veintidós años y un viento de nombre fascinante soplando de popa.

—Me temo, caballero, que sí me conoce, aunque no lo suficiente. Me llamo Aurelius Augustinus Hipponensis.

Charles, con los ojos muy abiertos y la mandíbula algo caída, preguntó si se trataba de San Agustín. El obispo afirmó con la cabeza y el naturalista le ofreció la mano, que permaneció unos segundos en el aire, absurda y sola. Terminó retirándola al tiempo que añadía que estaba encantado de conocerlo aunque fuese en circunstancias tan estafalarias.

—No puedo decir lo mismo, doctor Darwin. Ante mis ojos solo hay un loco o un hereje, a menos que tengáis la decencia de dar un paso atrás y recapitular sobre las conclusiones expuestas en *El origen de las especies*.

—Pero si la idea original es vuestra —contestó—. Bueno, en realidad, de las interpretaciones que hicisteis en *La ciudad de Dios* sobre los postulados evolucionistas de Anaximandro. Quizá lo ignoréis, pero en su momento sentasteis las bases de la Teología Natural.

—Usted lo ha dicho, Teología Natural, algunos organismos y lo inerte sufrieron variaciones evolutivas en tiempos históricos, pero siempre a partir de creaciones de Dios. Fue el Altísimo quien pudo servirse de una criatura inferior, sin alma ni razón, para dotarla de ambas y crear al hombre.

—No niego la existencia de un Dios creador, he sido educado en la fe anglicana, pero puedo asegurar que ese Dios se limitó a generar el elemento

original, a partir de ese momento las distintas especies fueron evolucionando solas, sin su intervención. En concreto puedo decirle que nuestro cerebro fue creciendo a partir del de un primate hasta que llegó un momento en el que ese mono pudo pararse a reflexionar y se convirtió en un hombre.

San Agustín se pasó la mano por el cuello, como si ese gesto pudiera ayudarle a pensar, y contestó que allá él, tanto si le apetecía ser el descendiente de un mono como el de un hereje anglicano. Quizá le ayudase a reflexionar el buscar una explicación a un sencillo dilema: a juzgar por el lugar donde se encontraban, ¿qué opinión le merecía la existencia de una vida ultraterrena? El naturalista respondió que en principio resultaban agradables, tanto el lugar como la posibilidad, siempre y cuando el obispo tuviera a su disposición ayudarle a encontrar las coordenadas de aquel paraíso o los motivos de aquel sueño y el momento en el que despertarían. Aurelius desvió la mirada, como si pensara dirigirse a alguien ubicado en el horizonte o quizá un poco más lejos. Añadió que algunos hombres nunca aprenden porque el orgullo los ciega. Terminó advirtiéndole que volverían a verse. Tenían mucho tiempo por delante. Sobre todo tiempo.

Darwin permaneció observando cómo se alejaba hasta que su figura no fue más que un punto blanco en la inmensidad de la playa. Siempre lo había imaginado más alto y con barba tupida. Lo de la estatura podría ser porque en casi todas las representaciones aparecía con la mitra de obispo sobre la cabeza. En cuanto a la barba no le extrañaba que se la hubiese afeitado con semejante clima. En lo que no le había defraudado era en su capacidad como orador. Negó con la cabeza en varias ocasiones, como si no pudiera llegar a creerse lo que estaba sucediendo o, quizá, como si fuera una cerilla que se resiste a apagarse. El niño se acercaba caminando por la orilla con una concha en las manos. Decidió preguntarle qué opinaba sobre aquel asunto.

—Conozco bien a San Agustín —respondió el crío—. Aunque no lo parezca también tiene una mente científica, le encantan los misterios. Terminará ayudándole a buscar el origen de este lugar, a fin de cuentas y a su manera, él lleva catorce siglos intentándolo.